

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ Y JOSÉ MANUEL PEDROSA,
*EL ROMANCE DEL CABALLERO AL QUE LA MUERTE AGUARDABA
EN SEVILLA: HISTORIA, MEMORIA Y MITO*, PRÓLOGO DE GIUSEPPE
DI STEFANO, CIUDAD DE MÉXICO, FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA,
2017, 579 PP.

ISABEL GARCÍA CONDE
Universidad de Alcalá

Dos son los autores que firman esta gran obra; profesores de universidad en distintas comunidades, emérito el uno, en activo el otro, pero con vocaciones, pasiones y trabajos aquí compartidos: Pedro Piñero Ramírez, de la Universidad de Sevilla, y José Manuel Pedrosa, de la Universidad de Alcalá. Tándem magnífico que, pese a trabajar desde puntos distantes, ha logrado poner en sintonía sus pareceres y montar un discurso de gran coherencia. Por más que se salga de los cánones más establecidos en el ámbito de los estudios acerca de la literatura del Medioevo y de después.

En esta cuidada monografía, extensa o reducida, según el prisma de quien se interese en ella, Piñero y Pedrosa, o Pedrosa y Piñero al alimón, nos presentan, sin apartarse del guion del científicismo que debe guiar toda reflexión académica, una indagación que se caracteriza por su vitalidad y por su eclecticismo. Acerca de las tres cuestiones que abarca el subtítulo: *historia, memoria y mito*. Su punto de partida es un romance de raíz medieval que conocemos gracias a que fue puesto por escrito a partir del Renacimiento. Pero para ellos ese no es ni el inicio ni el final, sino el punto de intersección de muchas cosas: igual de bien se manejan con las crónicas que transmitieron tal y como sucedieron (o como se consideró que sucedieron) los hechos, que por los escritos literarios de nuestra edad más clásicas, que por las tradiciones orales que mantuvieron vivas el romance hasta los siglos XIX y XX.

Llama la atención, cuando se lee el título del libro, que se omite el nombre del caballero cuya muerte se anuncia. Igual que García Márquez omitía el nombre de Santiago Nasar en el título de la *Crónica de una muerte anunciada*, novela que los autores mencionan en más de una ocasión. Velar el nombre del personaje en cuestión es una estrategia de ocultación y de suspense para el lector desconocedor de los sucesos que se le van a contar, que puede equipararse, de algún modo, con la ignorancia con que don Fadrique traspasó el umbral tras el que descubrió el destino atroz que le esperaba. Nos parece que, al pronto, el objetivo del título escogido por Piñero y Pedrosa busca algún paralelismo con el trazo de las andanzas del desdichado maestre de Santiago.

El romance del caballero al que la muerte aguardaba en Sevilla es un denso estudio acerca de una composición poética que debió de nacer en la segunda mitad del siglo XIV, poco después de los sangrientos sucesos acaecidos en 1358 que evoca. Cuenta, aunque faltando mucho a la verdad histórica, de qué modo murió Fadrique de Trastámaro, maestre de Santiago y hermanastro de Pedro I, además de hermano gemelo de quien sería Enrique II.

La monografía que le dedican Piñero y Pedrosa nos sitúa, desde el principio, en un *umbral* que nos invita a adentrarnos en senderos que se bifurcan. En uno de los itinerarios se nos muestra una gran diversidad de versiones de un mismo tema, el de aquel magnicidio y su romance, que se atomizan en trozos dispersos de memoria, en reflejos multiplicados por el folclore. El segundo sendero nos lleva a conocer muchas otras obras literarias de otras épocas, lugares, autores: todas tienen el denominador común de que rematan con trampas en que caen mortalmente otros personajes, y en circunstancias que tienen algunas o muchas analogías con las de don Fadrique. La estructura esencial del libro se asienta, de hecho, sobre las treinta y seis historias paralelas, o, si se prefiere, sobre las treinta y seis

celadas —así es como las etiquetan Piñero y Pedrosa— en cuyo sustrato están la misma tipología de relato, y maneras parecidas de desfigurar la memoria.

El relato, acaso el mito de la celada en que cae el caballero desprevenido ha prevalecido desde la Antigüedad hasta nuestros días, en espacios y tiempos tan variados como los que nos desvelan los muchos capítulos que se suceden, uno tras otro, en el libro. Esas treinta y seis celadas tienen muchos ingredientes en común: la línea argumental básica es la del caballero que es convocado a un lugar en que se supone que recibirá algún premio u homenaje. Por el camino atravesará ríos, y después umbrales, que aquí se nos revelan como fronteras funestas. En otras literaturas medievales y no medievales el cruce del río o del umbral era signo simplemente del paso a otro mundo. En el relato de don Fadrique, y en muchos otros que aducen Piñero y Pedrosa, es preámbulo de cruce hacia la muerte.

Por el camino, al caballero le salen al paso augurios fatales, que él desdeña o malinterpreta. Error fatal para él. Desde el asesinato de Julio César al de Santiago Nasar, pasando por los de las víctimas del Macbeth y del Ricardo III shakespearianos, o por *El caballero de Olmedo* de Lope, la muerte del caballero es típica y convencionalmente anunciada por todo tipo de malos agüeros. Romances y crónicas, mitos y leyendas, pliegos de cordel y películas, nos acercan una cantidad enorme de señales que no bastan para que el caballero detenga su tránsito hacia la muerte.

Pero Pedrosa y Piñero no se conforman con levantar un elenco de celadas, umbrales fatales y presagios desoídos o no entendidos. Se fijan, además, en otros elementos que de manera más o menos estable se implican en estos relatos: en el banquete funesto que antecede o sucede al crimen, por ejemplo; o en las palabras halagüeñas con que el asesino suele invitar a quien está a punto de ser su víctima.

Los autores construyen, además, digresiones que atan a los márgenes y periferias de nuestro romance. Pero que, cuando se leen, se descubre que no sobran en absoluto. Nos conducen, en realidad, hacia otros tiempos y espacios, hacia otras situaciones y sociedades, totalmente imprevistos por nosotros. Pero que no son extrañas a los largos haces de proyecciones y ramificaciones que la tradición y el folclore son capaces de seguir.

Un ejemplo paradigmático es el de las creencias acerca de doña María de Padilla, la amante del rey don Pedro que ocupaba versos importantes del viejo romance medieval, y que acabó siendo, como demuestran los profesores Piñero y Pedrosa, deidad oscura, muchas veces diabólica, en el folclore de los gitanos españoles o en los sistemas religiosos afrobrasileños. Seguir los pasos que en los caminos del mito dejó esta equívoca doña María, o dejarse llevar por las corrientes de los demás excursos que nos proponen los autores de este libro es tener la oportunidad de acceder a horizontes culturales verdaderamente sorprendentes, de llegar a siglos y a latitudes que ningún lector podía esperar. Y que sin embargo, estaban ahí. Al cabo, o a la vuelta, de tradiciones orales y folclóricas que este libro nos revela con sorprendentes erudición y naturalidad.

Piñero y Pedrosa conectan convincentemente (y también desenmascaran las traiciones y contradicciones de) romance e historia, y desvelan ficciones que son paralelas o que se cruzan con otras ficciones. Hacen justicia, pues, al subtítulo que marcó los núcleos de atención de su libro: *historia, memoria y mito*. Pero subrayando siempre que en el trasfondo de todo está un modelo tipológico de profunda raíz folclórica, que se trasparenta en muchos escritos canónicos que son, como tantas veces sucede, deudores de la oralidad.

Cuando se preguntan por las analogías y las diferencias existentes entre lo que el romance canta y lo que en realidad aconteció, hacen en realidad una

evaluación de la potencia con que la transmisión oral puede llegar a deformar el discurso de la historia. Porque las crónicas históricas medievales estuvieron siempre precedidas y condicionadas por una tradición oral de gran peso, y fueron objeto, después, de transmisiones e interpretaciones en que lo oral y folclórico siguió siendo factor decisivo. «El pueblo habría sido a la vez el creador y transmisor del romancero», dice Vicenç Beltran en un texto mucho más largo y complejo que la simple frase que he extractado y que Piñero y Pedrosa citan y asumen. El devenir histórico del romance de la muerte de don Fadrique lo corrobora.

Finalizo ya. Es esta una monografía de ejemplos y argumentos profusos. Pero abierta y “porosa”, al mismo tiempo, a muchos otros que puedan ir llegando. Los autores desisten, a partir de la trigésimo sexta celada, de seguir aumentando la serie. Es de agradecer que dejen a la curiosidad y a la intuición de los lectores e investigadores futuros la continuación de la labor que ellos han iniciado. De ese modo, autores y receptores se convierten en un par que está en sintonía con otras polaridades que parecen regir este libro: dos autores de dos universidades diferentes, que estudian los intersticios de historiografía y ficción y se meten, sin perder nunca de vista sus vínculos, por los senderos que se bifurcan de la oralidad y la escritura.

Todo ello, hay que decirlo, envuelto en una edición cuidada al máximo: desde la elegante cubierta con sus dibujos y cenefa y las hermosas fotografías que salpican el interior, hasta el diseño de los tipos de letras y de páginas.

El prólogo de Giuseppe Di Stefano, quien está considerado como el mayor maestro actual en los estudios sobre el romancero, es erudito y cálido.

En conclusión, *El romance del caballero al que la muerte aguardaba en Sevilla: historia, memoria y mito* no es una monografía literaria convencional, ni un discurso crítico de simple y erudita suma de lo cronístico y de lo poético. Es

también un sorprendente juego de ingenio, y un regalo generoso en conocimientos y sorpresas.